

LA UNIVERSIDAD COMO CRISOL DE IDENTIDADES: EL ANUARIO DE 1928 CON ANTECEDENTES Y SECUACES

Resumen

Magali García Ramis incorpora, de manera ingeniosa, el estudio de un texto hasta el momento poco estudiado por los investigadores de la Academia: los llamados anuarios o álbumes de las clases graduandas de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. La muestra se compone de anuarios publicados entre los años 1926 y 1935, guardados por su tía, la primera mujer en establecer un laboratorio tecnológico en la Isla. La autora analiza estos libros de recuerdos, tanto en su forma como en su contenido, destacando, como ella señala, "una pluralidad de identidades, a veces interconectadas, a veces enfrentadas, que anidaron en el intelecto y el alma de los graduandos".

Palabras clave: *anuarios universitarios, Universidad de Puerto Rico, identidad, cultura estudiantil, Athenea*

Abstract

Magaly García Ramis is cleverly able to include the study of a text which is frequently forgotten by the academy: the famously known yearbooks from the University of Puerto Rico, Río Piedras campus, published between 1926 and 1935. García Ramis's collection was kept by her aunt—the first woman who established a technology laboratory in the island. The author not only analyzes the form, but also the content of these "books of memories", and points out: "it is a plurality of identities that are sometimes linked, and that sometimes collide, and yet, they dwelled in the mind and soul of those who were soon to be graduates."

Keywords: *college yearbooks, University of Puerto Rico, identity, student culture, Athenea*

SALUDO PROTOCOLAR

Muy buenas tardes. Vengo ante ustedes a conversar en torno a unos productos culturales que casi no se trabajan en el ámbito académico, aunque nacen de las instituciones de educación superior: los anuarios que las clases graduandas preparaban al terminar sus estudios universitarios. Como veremos más adelante, una de las características más obvias de estos álbumes es la ambigüedad, así que, en recuerdo de esos anuarios, voy a comenzar esta jornada

con una expresión ambigua.

Por un lado, agradezco infinitamente al comité encargado de la celebración de la fundación de la *Revista de Estudios Hispánicos*, el que me hayan invitado a compartir algo de lo hasta ahora hallado en algunos anuarios de los 1920s y 30s; por otro, mi agradecimiento queda subordinado a la presión que conlleva atreverme a presentar este trabajo ante los estudiosos, docentes y estudiantes, precisamente de Estudios Hispánicos. En última instancia, fueron la vocación y la dedicación del profesor y amigo Ramón Luis Acevedo las que me motivaron a venir aquí a tratar de entusiasmarles con estas publicaciones que considero son fuentes valiosísimas para el estudio cultural —literario, histórico, político— tanto de nuestra Universidad como de nuestro país.

I. INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito y teorizado acerca del Puerto Rico de la primera mitad del siglo XX: de los tantos “ismos” que apellidan movimientos políticos y literarios; del surgimiento del nacionalismo y su desarrollo como partido político; de los textos buscadores de identidad de Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco, con sus bendiciones y maldiciones; de los orígenes de la investigación académica sobre nuestro quehacer literario; de los postulados que establecen ambiguas identidades y resaltan los valores patrios; y de las luchas culturales que comienzan a llevar a cabo Margot Arce, Concha Meléndez y Nilita Vientós Gastón, entre muchos otros y muchas otras. Sin embargo, como sucede con toda comunidad intelectual agrupada en torno a un momento histórico, para comprender las raíces del pensamiento de los hombres y mujeres que elaboran muchas de estas propuestas culturales, hay que remontarse al tiempo de su formación.

Aunque los obsesivos y los compulsivos del orden, de corte Occidental, quisiéramos poder estudiar el mundo por décadas perfectamente conformadas, como las laminillas que se ponen bajo los lentes de un microscopio, sabemos que no es posible, que no existen esas fronteras claramente delimitadas, que casi nunca acaban en cero las fechas que abren y cierran periodos históricos o literarios. Por otro lado, la historiografía contemporánea, aunque los que le temen la tilden de banal, ha abierto una variedad infinita de rutas por donde adentrarse a entender nuestra vida en el planeta y ha enfocado luces —tan potentes que son casi cegadoras— sobre multiplicidad de objetos culturales que pueden servir de documentación para comprender mejor nuestros orígenes.

Para aquilatar, entender, desgajar y poner en perspectiva a los jóvenes intelectuales y políticos que se lanzaron al mundo público puertorriqueño en esa primera mitad de siglo, es menester remontarnos a un tiempo, los años 20s y principios de los 30s, cuando la mayoría de ellos pertenecieron a unas “clases”, en el sentido de grupos de estudiantes que se graduaban cada cuatro o tres años, y a un lugar donde, afortunadamente para este tipo de estudio,

coincidieron como discípulos y maestros una gran mayoría de ellos: la Universidad de Puerto Rico. Ese título se utilizaba entonces para el hoy Recinto de Río Piedras, aunque ya existiera el Colegio de Mayagüez y, durante la década del '20, se creara la Escuela de Medicina Tropical. Algunas de las vivencias de esos grupos se recogieron en los anuarios que publicaron. Por una feliz conjunción, llegaron a mis manos media docena de ellos y, por esta razón, comencé a estudiarlos.

La investigación que llevo a cabo se centró, originalmente, en el anuario de 1928. Ese año se graduó de la Facultad de Farmacia una joven de Caguas, gracias a la cual, eventualmente, tres generaciones de su familia, incluidos mis dos hermanos y yo, pudimos estudiar en este Recinto: se llamaba María Luisa Ramis. Ella fue mi tía mayor y la primera mujer en montar un laboratorio tecnológico en Puerto Rico. Hace varios años comencé a recopilar datos para redactar su biografía, y el hallazgo de éste y otros anuarios, entre los miles de documentos que guardó, me obligó a tomar por un tiempo “el camino de los senderos que se bifurcan”, porque buscando comprender cómo se formó ella académica e intelectualmente, me topé con estos anuarios que ofrecen variadas pistas no sólo para su vida, sino para la de nuestro país.

Aclaro, entonces, ante ustedes, primeramente, que la muestra que voy a reseñar no responde a una selección aleatoria, sino más bien a una selección familiar. Estudio los 6 anuarios que, por diversas razones, ella guardó: los de 1926, 1927, 1928, 1931, 1934 y 1935. Corresponden, entonces, al periodo de fines de los 1920 hasta mitad de los 1930, de la Danza de los Millones a la Depresión; de las esperanzas de la modernidad a las utopías soñadas desde la pobreza. Como feliz coincidencia, es exactamente en 1928, que se funda la *Revista de Estudios Hispánicos* y, como veremos de lo que presenta ese anuario y los que le anteceden, que he llamado, con un gran giro de originalidad, “antecedentes” y los que le siguen, que he titulado, correctamente, “secuaces”, el mundo universitario de ese cambio de decenio estimuló el desarrollo del Departamento de Estudios Hispánicos, y dio lugar al nacimiento de esta revista cuyos 80 años celebramos en estos días.

II. ANTECEDENTES

Los anuarios de la Universidad de Puerto Rico, más que depositarios de recuerdos de jóvenes adultos durante su paso por la universidad, constituyen un muestrario único de las ambiguas identidades que, en los primeros decenios del siglo XX, conformaron a un gran número de hombres y mujeres, quienes eventualmente ostentaron el poder forjador del país en que vivimos hoy. En este contexto, al analizar estos libros tanto en su forma como en su contenido, leyendo detenidamente sus ensayos, poesías y artículos, y mirando con ojo crítico las fotos y los dibujos que escogieron para ilustrarlos, encontramos una pluralidad de identidades, a veces interconectadas, a veces enfrentadas, que

anidaron en el intelecto y el alma de los graduandos. A través de las páginas de estos álbumes encontramos como estudiantes a figuras cimeras de la educación, las artes y la política boricua, desde un Facundo Bueso hasta un Jaime Benítez, desde un Emilio S. Belaval hasta un Gilberto Concepción de Gracia, desde una Margot Arce hasta una Inés Mendoza.

El concepto del anuario o *yearbook* (también llamado *annual* en inglés), al parecer, llega con los estadounidenses a las escuelas secundarias de Puerto Rico. En Estados Unidos era una tradición, desde principios del siglo XIX, preparar ese álbum de recuerdos, tanto en los grados secundarios como en las universidades. En Puerto Rico, parece que se popularizó en la segunda década del siglo XX, y se extendió a la Universidad, porque eran tan pocos los estudiantes en ese entonces, que todos los graduandos cabían en un sólo libro; incluso, en algunos años, figuraban tanto los de Río Piedras como los de Mayagüez. Lo que lo distingue de otras publicaciones de una institución educativa es que representa, hasta donde es posible, la voz de los propios estudiantes. Como tal, es un documento muy singular, pues en su forma y contenido se puede analizar desde la solvencia económica de la clase —a veces necesitan poner anuncios para publicarlo— hasta el liderazgo que ejercen algunos estudiantes. Si la isla nos parece pequeña ahora, era liliputiense en los años 20s, pues todos los graduandos de la Universidad, más los estudiantes de primer, tercero y cuarto año, de todos los colegios, cabían en un solo volumen, junto a los profesores, los decanos, el rector y hasta las secretarías de los departamentos.

El periodo de los anuarios seleccionados comenzó bajo la incumbencia de Thomas E. Benner, como rector de la Universidad y como gestor del gran proyecto de hacer a ese centro de estudios una especie de puente entre las dos Américas. Él llegó en 1924, cuando por iniciativa del presidente de la Junta de Síndicos, Antonio R. Barceló, se frustró la posibilidad de que Juan José Osuna se convirtiera en el primer canciller puertorriqueño de la Universidad. Según explica Marta Aponte Alsina, en su abarcador ensayo sobre Benner, en el texto *Frente a la Torre*, el proyecto panamericanista que se le asignó a Benner se centró en el desarrollo de la Facultad de Comercio, la Escuela de Medicina Tropical y el Departamento de Estudios Hispánicos. Aunque los tres son reseñados de varias maneras en estos seis anuarios, para efectos de los debates que surgen en torno a las identidades que adoptan los universitarios en esos años: panamericana, hispanoamericana, antillana o afroantillana, será Estudios Hispánicos, naturalmente, el más importante.

En 1927, se fundó el Departamento; en 1928, se publicó la revista; y en 1929, se graduó de maestría Carmen Gómez Tejera. No obstante, desde la etapa formativa bajo Josephine Holt, en la escuela de verano, fueron invitadas importantes figuras hispanistas que sedujeron a los jóvenes estudiantes puertorriqueños con sus afirmaciones del lugar de los intelectuales en la sociedad, de la importancia de las artes y, claro está, de la base occidental y europea como factor determinante de su cultura. Entre otros, trajeron, en 1925, a Tomás

Navarro Tomás; en 1926, a Federico de Onís, José Roble Pazos y José Vasconcelos; en 1927, a Amado Alonso; en 1928, a Américo Castro; y en 1929, a Samuel Gili Gaya. Éstos y muchos otros intelectuales, así como el profesorado puertorriqueño que comenzó a trabajar en los distintos departamentos de la Universidad, calaron hondo en el estudiantado. Vasconcelos se sorprendió ante la actitud patriótica de los estudiantes, y Benner recibió muchísima presión por traer a Vasconcelos. Dice Aponte Alsina:

Al igual que Onís, Vasconcelos manifiesta su asombro ante la resistencia de la nueva generación de estudiantes universitarios puertorriqueños (que ‘sufre de fiebre nacionalista y patriótica’) a las influencias culturales del poder colonial. Le impresiona la excéntrica hispanofilia que observa en Puerto Rico...

La agitación que encendió la visita de Vasconcelos es una muestra de la situación inestable en que se desenvolvió Benner, aunque el contexto político quedara excluido de *Five Years of Foundation Building* (**libro que escribió**). La ‘fiebre nacionalista caracterizó los años siguientes a la repatriación de los restos de Betances en 1920, al extremo que el Rector, en una conferencia en el Ateneo, pronunció palabras inconcebibles en boca de un administrador colonial de la década anterior ‘Puerto Rico demands that its culture be preserved and further developed’.¹

Es, en este contexto, que nos acercamos al primer anuario, el de 1926, un tomo singular que comienza con los mensajes y las fotos de tres políticos literatos latinoamericanos. “Una tradición no es un banco donde nos sentamos, es un automóvil que hay que poner en marcha”,² señala, en el prólogo de este anuario, Manuel Ugarte. “La única política que garantiza la libertad de los pueblos es la que comienza asegurando la libertad individual y la independencia económica de las gentes”, advierte Vasconcelos, en la carta prólogo. “Tenéis en vuestras manos los destinos futuros de la patria oprimida”, resalta Alfredo Palacios en la “Alocución a la Juventud de Puerto Rico”, en el mismo tomo. Los tres intelectuales han enviado sus mensajes por invitación de dos jóvenes graduandos que conformaron el grupo directivo dominante del anuario de ese año: Samuel R. Quiñones, como director, y Vicente Géigel Polanco, como redactor literario.

El anuario continúa con las fotos de rigor de los administradores y los docentes, pero teniendo el cuidado de poner, según su nacionalidad, la identificación bajo cada foto: *Srta.* Josefina Monserrate, *Don* José Gueits, *Miss* M.N. Macdonnell. Tiene, luego, una serie de fotos de estudiantes, dividida por facultad. Y, siguiendo una tradición de los anuarios de la UPR, no se ubican las facultades en orden alfabético, sino que comienza con la de los editores.

¹ Silvia Álvarez Curbelo y Carmen I. Raffucci, *Frente a la Torre: Ensayos del Centenario de la Universidad de Puerto Rico, 1903-2003*, Río Piedras, La Editorial, 2005; p. 89.

² Como en este caso, la mayoría de las páginas de los anuarios analizados en este estudio carecen de enumeración; por ello, sólo aparecerán señaladas en nota al pie las pocas citas que cuentan con números de página.

En este caso, la Facultad de Leyes abre el álbum. Le siguen dos páginas con emotivos textos sobre dos estudiantes fenecidos: José de Choudens y Germán Malaret Tió. “Sopla un hálito luctuoso de dolor intenso que pone crespones de tragedia en el alma blanca de la farándula juvenil”, escriben. Le siguen los colegios, incluyendo el de Ingeniería y Artes Mecánicas de Mayagüez. En el de Artes Liberales y Educación aparece como secretaria de la clase Margot Arce, quien figurará en todos los anuarios siguientes.

Este anuario, *Athenea*, título que se le dio casi siempre a estos álbumes, es uno de los más extensos y, ciertamente, de los más significativos de la media docena estudiada y, aunque sigue el orden tradicional de los anuarios en cuanto a la temática y las fotos presentadas, se distingue por tener cerca de 100 páginas de artículos, ensayos, poesías y dramas, que atestiguan la calidad de la educación que obtenían hace 80 años los estudiantes del Recinto y, del mismo modo, evidencian sus idearios, dudas, prejuicios y ambiciones. De especial interés resulta este anuario por esas páginas de textos literarios que apuntan tanto al panamericanismo, a través de artículos sobre los logros de la U.P.R., como al sentido nacionalista de afirmación patriótica a través de poemas, ensayos y cuentos. Sus editores Quiñones y Géigel Polanco, muy pocos años después, estuvieron inmersos en las luchas políticas del país. Esa clase graduanda, incluyó además a Margot Arce, Antonio Oliver Frau, Antonio R. Barceló, hijo, Cesáreo Rosa Nieves, Eugenio Astol y Nilita Vientós Gastón. La importancia de la Escuela de Medicina Tropical se recalca con un artículo en inglés, de dos páginas, acompañado de una foto de la facultad. Igualmente, se reseña la escuela de verano auspiciada por la Universidad de Columbia y sus distinguidos visitantes.

Cónsonas con la actitud de fervor ante la historia cultural nacional, aparecen páginas dedicadas a la inauguración del monumento a Eugenio María de Hostos; al homenaje que le rindió la juventud a Vasconcelos; y tres páginas reseñando el polémico Educational Survey, hecho por educadores de Columbia University, que, entre otros hallazgos, recomendó que se suspendiera la enseñanza del inglés en las escuelas primarias, y se comenzara en séptimo grado (hallazgo rechazado de inmediato por las autoridades coloniales y los educadores asimilistas como Juan B Huyke). Al final, la extensa sección “De Litteris” se le dedica a don Federico de Onís y al periodista patrio José Pérez Losada. En éstas, Vicente Géigel Polanco ensalza a Nemesio Canales y su escepticismo creador, y publica poesías. Por su parte, Samuel R. Quiñones, al comienzo de un texto sobre Enrique José Varona, plantea nuestra condición antillana: “Mirémonos cara a cara, somos tropicales. Así podríamos decir los hispanoamericanos, vinculando a esta variación del introito de Nietzsche un sentido que define a molde nuestra literatura”. Entre muchas otras aportaciones, Oliver Frau publica sus “Cuentos del cafetal”; Emilio S. Belaval dedica siete páginas a la figura del fenecido estudiante Malaret, y publica el cuento “Las horas íntimas”; y María Cadilla de Martínez escribe sobre la copla.

Con cierta sorna, lanzan, además, una propuesta literaria que llaman el noismo, seguida de poemas noistas y de una pieza dramática en dos actos, de la pluma de Vicente Palés Matos, sobre un hombre que saca cuentas de cuánto perderá si desembolsa dinero para salvar a su hijo moribundo. Sería jocosa si no fuera porque el hombre se llama “Isaac el usurero”. El antisemitismo que unió anímicamente, aunque a escondidas, a muchos latinoamericanos con el movimiento nacional social de Hitler, se encontraba a flor de piel.

Al final, entre anuncio y anuncio, publican un glosario de la vida universitaria y fotos de una estatua de Muñoz Rivera, que fue derribada por nocturnos vándalos por el pecado de no parecerse al prócer. Los editores de la revista, entre líneas, se solidarizan con este acto.

III. DIFICULTADES

Así señalan los editores del anuario de 1927 que debería llamarse este álbum. El contraste es tan marcado entre una y otra clase, que parecería que la bolsa se vino abajo dos años antes de la fecha histórica. Éste no tiene un solo anuncio; obviamente, lo tienen que haber hecho con ayuda de la Universidad o de algún donante. El tono es tan íntimo e insular como abierto y cosmopolita era el anterior. Su cubierta verde olivo apenas tiene un escudo en el que se lee “Universidad de Puerto Rico 1927”. Se lo dedican a “don Deme”, el empleado que, por muchos lustros, tocó la campana para anunciar los cambios de clase en un recinto con vestigios de escuela superior. En la foto de apertura aparece él, minúsculo, al lado de la torre de la campana. Este anuario está escrito casi en su totalidad en inglés. Mientras que el anterior tiene páginas y páginas de literatura, éste apenas cuenta con unos poemas en español y varios textos sobre “Founder’s Day”, el comienzo de la celebración de la fundación de la UPR en marzo, “Freshmen Week” y ocurrencias sobre la clase, casi todos en inglés.

Su *staff* incluye a Manuel García Díaz como *editor in chief*, y dos graduandas, Isabel Chardón e Inés Mendoza, como *assistant editors*. El porqué una mujer como Inés Mendoza, que luchó encarecidamente luego para que la enseñanza en las escuelas fuera en español, comparte este anuario todo en inglés, es algo que llama la atención. El formato, además, es de una tristeza pegajosa: sus páginas, en general, tienen fotos pequeñas, mal encuadradas, en las que sobra un borde blancusino, y el papel es de mala calidad. Las fotos de los graduandos, sin embargo, son más grandes, y no aparecen con toga y birrete. Dedicar varias páginas a escribir sobre deportes, a celebrar la apertura del Carlota Matienzo, la residencia de señoritas, y Haydée Ramírez de Arellano (quien acaba de morir pocas semanas antes de la redacción de este texto) escribe un panegírico al noble filántropo Veve Calzada por donar la glorieta que lleva su nombre. Otros de los graduandos de este año fueron Emilio S. Belaval, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Facundo Bueso y Ramón Mellado.

IV. EL ANUARIO DE 1928: MADRES PROTECTORAS Y EL TWENTY-FIFTH ANNIVERSARY OF THE UNIVERSITY OF PORTO RICO

El anuario de 1928 no se llama *Athenea*, como algunos anteriores y posteriores. De cubierta marrón, tiene al relieve un marco ovalado en el que figura lo que sería el edificio Baldorioty (hoy, la entrada a la rotonda), el comienzo de un paseo real con palma a la derecha y árbol de mangó o de algarrobo a la izquierda, la fecha 1928 y un sello dorado con las iniciales UPR. Al abrirlo, de inmediato, salta a la vista la pobreza de diseño e impresión. Su página inicial se hizo a mano e, igualmente, se dibujó el escudo de la Universidad. En el “proemio”, el editor señala que espera que los lectores encuentren en esas páginas un:

...dulce recuerdo que en las horas de tristeza traiga a vuestra memoria los momentos de felicidad y alegría pasados a la sombra protectora de los bambúes y os haga recordar siempre con cariño a la Universidad de Puerto Rico, madre generosa que nos brindó todos los conocimientos que hacen del hombre autómatas un hombre sabio y encauzan el verdadero conocimiento de la ciencia moral.

En la página adjunta, el proemio se repite en inglés como *Foreword*; en la siguiente, se le dedica el anuario a las madres, a quienes se les llama excelsas, adorables, santas vestales, heroicas, y poetas que sólo saben hacer versos porque “la cuna es la lira de todas las razas y el cordaje inmortal, vuestros dedos”.

Esa insistencia en estos dos breves textos, en el alma máter y en la madre que cobija, pone de manifiesto una relación casi infantil de parte de los editores —no podemos afirmar que del cuerpo estudiantil— hacia la Institución y contrasta grandemente con la de otros anuarios. Los dos jóvenes que se dieron a la tarea de recopilar fotos y datos para montar este álbum figuran como el *editor*, Joaquín Suro, de la Facultad de Farmacia, y el *business manager*, Tomás Bernardini Jr., de Artes Liberales.

A esta introducción y dedicatoria le siguen seis páginas emblemáticas de casi todos los anuarios: fotos a página entera de los espacios de la Universidad, dotadas de una soledad abrumadora, pues se toman siempre sin personas presentes, solo el campus, solos los edificios, solo el camino de entrada. A estas fotos le sigue la galería de administradores y facultad; y, de inmediato, salta a la vista nuevamente la ambigüedad frente a los idiomas: los calces de las fotos del recinto son en español y los de las fotos de los docentes, son en inglés, al grado de que, a la usanza estadounidense, se refieren, por ejemplo, a Muna Lee como “Mrs. M.L. Muñoz Marín”. Entre *mimeographers*, *deans* y *librarians* se encuentran Antonio S. Pereira, *Associate Professor of Spanish*, y Carmen Gómez Texeras, *Instructor in Spanish Methods*. Ni el insigne Tomás Navarro Tomás se salva: se le identifica como *Visiting Professor in Spanish*.

La gestora de este anuario, al parecer, es la clase graduanda de la Facultad de Farmacia, pues figuran, primero, los once graduados, seguidos de la historia

de la clase, titulada “Tres años con el Mortero y la Espátula”. Este texto resulta muy íntimo, y muestra la camaradería y las anécdotas compartidas por ese minúsculo grupo. A cada graduando de Farmacia le dedican unas líneas; luego, a cada uno de los que les siguen, los graduandos de Artes Liberales. El resto de los estudiantes, tanto de Río Piedras como del RUM, sólo tienen su nombre junto a la foto, excepción hecha de la única que se graduó de leyes ese año, la joven Amparo Viñas, de Arecibo, a quien le dedican una página entera, donde la describen como una persona de carácter emprendedor y la comparan con un poeta.

Al final, se consigna la celebración de los 25 años de la fundación de la Universidad con una página en inglés y varias fotos donde aparecen decenas de “delegados” a la graduación. Aparte de un puñado de invitados del exterior, en esta lista figuran puertorriqueños residentes en la Isla, quienes simbólicamente representan lo internacional, en virtud de ser egresados de universidades de Estados Unidos, es decir, el haber estudiado en el exterior los califica como ‘internacionales’.

V. *ATHENEA* 1931 – COMO UNA CINTA CINEMATOGRAFICA

Los anuarios estudiados de la década del 1930, en marcado contraste con los de los años 20, ostentan, en su forma, una calidad extraordinaria de diseño, papel y grabados; y, en su contenido, una afirmación patriótica-hispanista constante y contundente. Por otro lado, el contenido refleja, en parte, las mentalidades de algunos intelectuales de la época, tal como se esgrimen en textos como *Insularismo*. En primer lugar, la riqueza del anuario como objeto físico es una incógnita, pues habría que investigar cómo es posible que se publicaran tomos tan caros en medio de la Gran Depresión, y habiendo sufriendo la Isla la devastación ocasionada por dos huracanes.

Simplemente, tocar las hojas del anuario de 1931, y pasar las páginas, todas bordeadas de gráficos diseños rojos, es una experiencia sensorial que dista muchísimo del acercamiento que se tiene con los tres álbumes anteriores. El diseño, la composición, la conceptualización de este anuario, amén de un deleite para quien estudie el arte gráfico de los años 30 en Puerto Rico, representa un signo anómalo: estamos en el medio de las penurias del comienzo de la década y tenemos en nuestras manos el más lujoso anuario posible.

San Felipe destruyó la Isla en el 28; la Bolsa cayó en el 29; la Universidad estrenaba ese año al primer canciller puertorriqueño, Carlos Chardón, quien expulsó a decenas de estudiantes independentistas, provocando la renuncia del Prof. José M. Lázaro; y, en ese año, se publicó *Porto Rico, a Broken Pledge*, donde se denunciaron las condiciones terribles de la sociedad puertorriqueña del momento, pero ¿dónde se halla la más mínima referencia a esa realidad en este texto? Hay que ver entre líneas. La Universidad aquí representada es otra. En el lapso de tan sólo tres años se han multiplicado las asociaciones en el

Recinto, y encontramos a los estudiantes agrupados por disciplinas, intereses, religiones y hasta pueblos de origen.

Con Antonio J. Colorado, de la Facultad de Educación, como editor, y Gilberto Alemar, de Derecho, como administrador, el anuario de 1931 muestra una gran calidad; y la impresión de sus ilustraciones y fotos —éstas del estudio Colorado— atestiguan la profesionalización de este tipo de álbum, pues se manda a hacer a la compañía Benson, de Tennessee: “los más grandes impresores de álbumes universitarios en el mundo”.³ Su introducción, llamada “Pórtico”, abraza el *carpe diem* al señalar: “este libro es una tentativa de detener la vida en su curso para poder mirar atrás y gozar y sufrir en toda su plenitud los días que fueron”.

Entre las emblemáticas páginas de personal universitario, edificios solitarios y graduandos, aparecen, al principio, tres páginas con dibujos que asemejan escenas de un rollo fílmico, en las que presentan la historia de la clase *senior* como una película escrita y dirigida por Federico Virella, y fotografiada por Antonio J. Colorado. En ése, al parecer, frívolo acercamiento, vemos los edificios cayendo, como en grabados surrealistas; los estudiantes bailan, juegan, estudian, se citan bajo la luna y, el 19 de noviembre, entran con la bandera de Puerto Rico en alto, por la puerta principal del edificio Baldorioty. El desenlace del filme muestra a un estudiante-símbolo, con un diploma en su mano, que tiene ante sí dos caminos: el la derecha termina en bolsas de dinero con la palabra “triunfadores”, una gran metrópoli y la bandera de Estados Unidos como telón de fondo. El del frente, un área borrosa en donde se vislumbra apenas la bandera de Puerto Rico y un signo de interrogación.

Este anuario no tiene un sólo anuncio, pero en su breve sección de literatura publican artículos de Margot Arce y textos de Gustavo Agrait, Francisco Manrique Cabrera, Antonio S. Pedreira y José A. Balseiro, a quien va dedicado el álbum. Su texto incorpora las quejas amargas que repetirían algunos intelectuales por los próximos treinta años: “nuestra debilidad física jamás nos permitirá lucir en el concierto de los pueblos grandes, nuestro idioma ya empezó a convertirse en una jeringonza bárbara. No nos enteramos de lo que se enteran los estudiantes de las naciones cultas”.⁴ Sin embargo, los graduandos celebran los Departamentos de Estudios Hispánicos e Historia, y, en la dedicatoria, alaban a Balseiro: “porque ama y cultiva nuestra lengua hispana, porque guarda fidelidad a nuestra tradición y a nuestra raza”. Los conceptos relacionados con dónde se asienta lo nacional se definen, para ese grupo, en lengua (española), raza (¿blanca/ puertorriqueña?) y tradición (¿lo hispano/criollo?).

A lo largo del anuario, las fotografías de grupos estudiantiles que no aparecen en los de los años 20, muestran a los estudiantes del Grupo Meñique, o a la Sociedad Cultural del Colegio de Derecho, agrupados en torno a la

³ *Athenea*, 1931; p. 170.

⁴ *Ibid.*; p. 153.

bandera de Lares, evidenciando lo que, analizando ese momento, acertadamente ha señalado Silvia Álvarez Curbelo:

...el Partido Nacionalista marcó un vertiginoso ritmo de producción discursiva y simbólica a partir de la presencia de Pedro Albizu Campos en 1930. Central en esa tarea fue una re-escritura del pasado del país, en particular, la recuperación de un panteón de héroes y efemérides como el Grito de Lares. El nacionalismo se asentó sobre la construcción de un mundo criollo de propiedad amorosa de la tierra, vertebrado culturalmente por una hispanidad y un catolicismo depurados.⁵

VI. 1934: Y LA ABUELA DE *ATHENEA*, ¿DÓNDE ESTÁ?

Tres años más tarde, la sorpresa es doble: no sólo el objeto anuario es de una calidad exquisita, sino que esta vez la propuesta de unos rasgos de identidad que se están debatiendo es tan abarcadora, que la portada tiene el perfil de un negro, que la portada es marrón y negra, que las ilustraciones que se usan como decoración a través de todo el libro son dibujos de una voluptuosidad sinuosa lo mismo en los cuerpos de mujeres que caminan en fila, que en los pliegues de las pieles de los cocodrilos y elefantes, y que intentan convocar un continente africano imaginado.

El arte deco vive en el diseño de cada página; las señoritas bien tienen fotos a página completa. Bajo la edición de José Rovira, Cosme Urraca y Luis Negrón Fernández, el peso de este anuario se inclina a la parte final, donde se abre la sección de literatura con un texto firmado por "Thadeus Scrooge", en el que se contrasta la Europa decaída y sus vales con el jazz, Josephine Baker y el sentido actual de las "ancestrales convulsiones de danzas africanas".⁶ La "negra simetría de las formas" es tan importante para estos estudiantes que desean hacer un "reconocimiento sincero de lo que debemos a lo negro en todos sentidos. Sobre todo nosotros, antillanos, que sentimos la influencia negra gravitando en nuestro ambiente con realidad tangible y sincera latencia de cordial colaboración".⁷ Es decir, sienten esa influencia, pero, en ningún momento, ni uno de ellos afirma ser siquiera parte, racialmente, del mundo negro.

Las páginas literarias, en esta ocasión, están todas enfocadas en el negro en la literatura: hay poemas de Palés; un extenso análisis de éstos por Margot Arce; un capítulo de un libro en preparación titulado *Insularismo*; un artículo de Concha Meléndez sobre Sor Juana y los negros; una breve colaboración de Lewis C. Richardson sobre el negrismo como "*A Contemporary Romantic*

⁵ Silvia Álvarez Curbelo, "El discurso populista de Luis Muñoz Marín: Condiciones de posibilidad y mitos fundacionales en el período 1932-1936". *Del nacionalismo al populismo: Cultura y política en Puerto Rico*. Río Piedras, Huracán, 1993; p. 27.

⁶ *Athenea*, 1934; p. 129.

⁷ *Ibid.*; p.129.

Trend"; un análisis de Jorge Luis Porrás Cruz sobre "Los negros en Martín Fierro"; y, como poética coyuntura, Tomás Blanco traduce "Danza Negra". *Athenea* del 34, para mí, es la joya de la corona y considero que tanto por su forma como por su contenido, este libro, solo, merece, al menos, una tesina.

VII. EL IMPERIO CONTRAATAACA: *ATHENEA* 1935

De inmediato, en el anuario de 1935, hay un marcado contraste; es como si la clase siguiente reaccionara con unas ilustraciones protosimbólicas, en colores suaves: Colón llegando a la isla a evangelizarla y, entre página y página, imágenes románticas de garitas, fuertes y murallas; es decir, el legado español en mito, piedra y ladrillo, la presencia hispana arropándolo todo, borrando, quizás, lo anglosajón y, de paso, lo negro que celebró la clase del '34.

La portada de *Athenea* de 1935, azul profunda, ostenta la nao capitana. Una página inicial tiene a Baldorioty afirmando que odia el sistema colonial, pero la portada oficial, a colores, muestra lo mismo que mostraban las navideñas cajas de turrónes que por décadas exportaron los españoles a las Antillas: Colón y sus angelicales compañeros de viaje, arrodillados en nombre de Castilla y León, trayendo la cultura cristiana y castiza a Puerto Rico. Un prólogo de Alfonso Reyes ensalza a los jóvenes que están bajo la tutela de la diosa Athenea. Y una página *In Memoriam* se le dedica al Dr. Bailey K. Ashford y a Ana Roqué de Duprey.

Le sigue una foto de la estatua de Juan Ponce de León junto a un poema sobre él por Evaristo Rivera Chevremont. Luego, el claustro y las fotos tristes que parece que tañen responso por fallecidos. A lo largo del álbum, fotos emblemáticas de las murallas y garitas del Viejo San Juan se alternan con dibujos criollistas al carbón de Quero Chiesa. Ernesto Juan Fonfrías preside la clase, que ahora, organizada, tiene representantes de todos los colegios. Humberto Díaz Ponce de León escribe una semblanza de los graduandos donde no menciona a una sola mujer (a diferencia de la del '28, por ejemplo) y clasifica a los jóvenes estudiantes como "elegantes, caculos, picaflor, flanes, beatos, graciosos, líderes, o idealistas".⁸ En las mismas, en contraste con grupos anteriores, que se conciben como clanes, conmina a cada uno a proyectar sus recuerdos de la Universidad en pantalla íntima "porque así cada uno de nosotros podrá ser protagonista y tener anuncio eléctrico a grandes luces".⁹ Estamos en medio del Nuevo Trato, y ya llegó el mundo del espectáculo, como contraparte del intelectual, a competir por el fervor estudiantil, aunque el anuario está dedicado a Manuel Martínez Dávila, "portorriqueño ilustre que prestigió la cátedra, el foro, y el parlamento".¹⁰

Entre fotos de graduandos y de los tradicionales grupos de deportistas,

⁸ *Athenea*, 1935; p. 38.

⁹ *Ibid.*; p. 38.

¹⁰ *Ibid.*; p. 4.

militares, fraternos, sororitas y estudiosos de lenguas, hay poesías dedicadas al alma española, al castillo de El Morro y al de San Jerónimo. La Universidad, en ese momento, está inmersa en una cruzada de construcción, y el anuario resalta como lo puertorriqueño, las fortificaciones e iglesias heredadas del régimen español. Miss Universidad, Blanca Luisa Villalobo, tiene página entera, y una poesía de Luis Llorens Torres, en la cual, apabullado por su belleza, le dice que es la hembra más bella, “aún más que la loba (..) ella tiene ojos de novilla de luz dulce honda”.¹¹

Con anuncios, hasta de página entera, —obviamente, en ese momento, sí se hace necesaria la aportación privada para el anuario— las páginas de literatura presentan poesías y ensayos. Hay una celebración por parte de doña Muna Lee de Muñoz Marín, directora del Negociado de Publicidad de la UPR, titulada “El aspecto internacional de la UPR”; pero, sobre todo, llama la atención un impactante ensayo de 10 páginas de Luis Antonio Miranda, objetando vehementemente el negrismo en nuestra cultura. Para esto, se basa ideológicamente en conceptos como el siguiente: “el negro puertorriqueño no es el que baila ante el fuego con ojos feroces de lascivia”,¹² como aparece en los poemas de moda. Argumenta, con variados ejemplos, que la inclusión de lo negro como parte de la cultura isleña es sólo un ejercicio fútil de algunos intelectuales, ya que, pregunta retóricamente, “¿cómo descender, en nombre del intelectualismo puro, a las capas más bajas de la evolución humana, para buscar en ellas un arte que represente la cultura actual?”¹³

Pocos meses después de la publicación de este anuario, en el que los graduandos, como habían hecho desde hacía años, abrieron sus páginas a los debates de las definiciones de lo nacional en torno a la cultura, ocurrió la Masacre de Río Piedras, y el Gobierno inició una ola de violencia represiva contra los miembros del Partido Nacionalista. Unos 150 estudiantes independentistas fueron expulsados de la Universidad. La discusión en torno al uso del vernáculo en las escuelas y a la reconceptualización del rol de la Universidad en la vida del país, compitieron con los reclamos de autogobierno y del fin del sistema colonial en las conferencias, los mítines y los textos universitarios, pero al agrandarse la institución, ya no cabían los miles de estudiantes en un solo tomo. En los anuarios de los años 20s y 30s, sin embargo, estuvieron presentes, de modo conciso y continuo, los escritos y las puestas en escena que muestran el fervor del ideario juvenil y el desarrollo de un sustrato intelectual que afirmaba la existencia de una nación por cuyo mejoramiento vale la pena estudiar y luchar, ideal al parecer necesario en esos años para enfrentar la omnipresencia avasalladora de la metrópolis. El nacionalismo, el panamericanismo, el antillanismo, el negrismo y otras identidades aparecen en estos

¹¹ *Ibid.*; p.104.

¹² *Ibid.*; p. 163.

¹³ *Ibid.*; p. 159.

anuarios como los petroglifos y las vasijas en los yacimientos arqueológicos dispersos por la Isla, ofreciendo a los que los quieran estudiar sistemáticamente, un caudal novedoso de propuestas de nuestra historia cultural y política, que aún no hemos aquilatado.

Magali García Ramis
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras